

ción como una especie de grito de júbilo; si se le da más, se comienza á producir un frotamiento que al fin hace formar una llaga dolorosa, es decir, hasta que la opinión libre comienza á turbarnos, á torturarnos en la orientación de nuestra existencia, en nuestras relaciones sociales.

606. *Deseo de un profundo dolor.*—La pasión deja, después de haber pasado, un recuerdo triste de ella, y nos dirige todavía, mientras desaparece, una mirada seductora. Es menester, para eso, que haya una especie de placer en ser azotado por ella. Los sentimientos mediocres se muestran vacíos en comparación; se ama más á lo que parece el disgusto violento que el placer vulgar.

607. *Mal humor contra los demás y contra el mundo.*—Cuando, como sucede tan á menudo, achacamos nuestro mal humor á culpa de otro, mientras que sentimos realmente que es nuestro, nos esforzamos, en el fondo, por oscurecer y abusar de nuestro juicio, queremos motivar ese mal humor *a posteriori*, en los errores y defectos de los otros y perder así de vista á nosotros mismos. Los hombres de una religión estricta que son contra sí propios jueces inexorables, son al mismo tiempo los que han dicho las peores cosas de la humanidad: santo que guarde para sí los pecados y para los demás las virtudes, no ha existido jamás; como tampoco ha existido quien, siguiendo el pretexto de Budha, oculte á las personas lo que hay de bueno y no deje ver sino lo que de malo existe.

608. *Causa y efecto confundidos.*—Nosotros buscamos inconscientemente los principios y las opiniones teóricas que son apropiadas á nuestro temperamento, aunque parezca que son los principios y las teorías las que han creado nuestro carácter. Nuestro

pensamiento y nuestro juicio son reputados, de un solo golpe de vista, conforme á las apariencias, ser la causa de nuestro ser; pero en el hecho es *nuestro* ser la causa de que juzguemos y pensemos de tal ó cual manera. ¿Y qué es lo que nos determina á esta comedia casi inconsciente? La indolencia y el dejar ir, y algo también el deseo vanidoso de ser encontrado lógico de un extremo al otro, uniforme en el ser y el pensamiento; pues esto procura la consideración, da la confianza y el poder.

609. *Edad y verdad.*—Los jóvenes aman lo interesante y lo singular, importándoles poco lo que tenga de verdadero ó de falso. Los espíritus más maduros aman de la verdad lo que hay en ella más interesante y singular. Los cerebros bien madurados ya en fin, aman la verdad, aun en las cosas en que aparece desnuda y simple y causa fastidio en el hombre vulgar, porque han observado que la verdad tiene la costumbre de decir lo que posee de más elevado en espíritu con el aire de la sencillez.

610. *Los hombres malos poetas.*—Así como los malos poetas en la segunda parte del verso buscan la idea por la rima, del mismo modo los hombres, en la segunda parte de la vida, haciéndose más inquietos, tienen costumbre de buscar las acciones, las situaciones, las relaciones, que encuadren con las de su vida anterior, de manera que exteriormente todo se manifieste de acuerdo; pero su vida no está ya dominada y siempre en nivel determinado por un pensamiento fuerte; éste ha sido reemplazado por la intención de encontrar una rima.

611. *Fastidio y juego.*—La necesidad nos obliga al trabajo cuyo producto la satisface: el despertar siempre nuevo de las necesidades nos habitúa al tra-

bajo; pero en los interregnos, en que las necesidades están satisfechas, y por decirlo así, adormecidas, el fastidio viene á apoderarse de nosotros. ¿Qué quiere decir esto? Es la costumbre del trabajo general que se hace al presente existir como una necesidad nueva, advenediza; y será tanto más fuerte ésta, cuanto más habituado esté uno á trabajar y quizá cuanto mayores sean las necesidades que ha sufrido. Para escapar al fastidio, el hombre trabaja más allá de la medida de sus demás necesidades, ó inventa el juego, es decir, el trabajo que no debe apaciguar ninguna otra necesidad que la del trabajo en general. Aquel que está harto del juego y no tiene por nuevas necesidades razón para trabajar, buscará con ansia un tercer estado, que sería en relación al juego, lo que patinar es á bailar, lo que bailar á caminar, un movimiento dichoso y apacible: tal es la visión de la dicha de los artistas y de los filósofos.

612. *Enseñanza por los retratos.*—Si se considera una serie de retratos de uno mismo, desde los días de la primera infancia hasta la madurez viril, se echa de ver con agradable sorpresa que hay mayor parecido entre el hombre y el niño que entre el hombre y el adolescente, y que, por lo tanto, verosímilmente, de manera análoga, se ha producido en el intervalo un alejamiento temporal del carácter esencial, cuya fuerza acumulada, amontonada, se ha hecho de nuevo dueño del hombre. A tal observación, corresponde esta otra: todas las fuertes influencias de pasiones, maestros, sucesos políticos que nos arrastran en la juventud, parecen reunirse más tarde en una medida fija: seguramente continúan viviendo y actuando en nosotros; pero el sentimiento y el pensamiento fundamental no tienen menor prevalecimiento, y las em-

plean sin duda como fuentes de fuerza, pero no ya como reguladoras, como sucede en los veinte años. Del mismo modo aún, el pensamiento y el sentimiento del hombre formado, parecen más conformes con los de su edad infantil, y este hecho interior tiene su expresión en los rasgos exteriores que ya he mencionado.

613. *Sonido de la voz de las edades.*—El tono con el cual los jóvenes hablan, alaban, censuran, hacen versos, disgusta á las gentes de mayor edad, porque es demasiado alto, y al mismo tiempo, sordo é incierto, semejante al sonido lanzado en una sala abovedada, á través del vacío, adquiere tanta fuerza de resonancia; pues la mayor parte de lo que los jóvenes piensan no ha sido inspirado por su propia naturaleza, sino que es una resonancia, un eco de lo que se piensa, se dice, se alaba ó se censura por los que le rodean. Pero los sentimientos (de simpatía y de aversión) resuenan en ellos con mucha mayor fuerza que los motivos que los causan, y así se produce, cuando ceden la palabra á un sentimiento, ese tono sordo de eco que revela la ausencia ó la pobreza de los motivos. El tono de la edad más madura es preciso, breve, moderadamente levantado, pero como todo lo que es claramente articulado, alcanza muy lejos. La vejez, en fin, lleva en el sonido de voz cierta indulgencia y dulzura, y, por decirlo así, almíbar: en algunos casos, á la verdad, la pone más áspera.

614. *Hombres atrasados y avanzados.*—El carácter desagradable, que está lleno de desconfianza, que siente con envidia todo éxito dichoso de sus colegas y de sus vecinos, que se pone violento y furioso contra las opiniones disidentes, muestra que pertenece á un grado anterior de la civilización, que es, pues, una

para quienes la vida diaria no corre vacía ni monótona.

116. *El cristiano común.*—Si el cristianismo tuviera razón con sus frases de Dios vengador, de estado general del pecado, de la elección de la gracia y del peligro de una condenación eterna, sería signo de debilidad del espíritu y de falta de carácter *no hacerse* apóstol, sacerdote ó misionero, y trabajar con temor é inquietud exclusivamente en favor de la propia salvación; sería un contrasentido perder así de vista la ventaja eterna por la comodidad de un tiempo. Supuesto que generalmente existe *la fe* de esto, el cristiano común es una figura digna de compasión, un hombre que no sabe contar hasta tres, y que, por lo demás, precisamente á causa de su incapacidad mental para calcular, no merecía ser tan severamente castigado como el cristianismo se lo promete.

117. *Habilidad del cristianismo.*—Es una artimaña del cristianismo el enseñar, tan altamente, la total indignidad, pecabilidad y depreciación del hombre en general, que el desprecio de los contemporáneos no es con ello posible. «Que peque tanto como quiera, no se distingue esencialmente de mí; soy yo quien soy indigno y despreciable en todos los grados»: he aquí lo que se dice el cristiano. Pero aun este sentimiento ha perdido su aguijón más penetrante, porque el cristiano no cree en su demérito habitual: es malo como todos los hombres en general, y descansa algo pensando en el axioma: todos somos semejantes.

118. *Conversión del personal.*—Luego que una religión llega á hacerse *dominante*, tiene como adversarios á todos los que fueron sus primeros prosélitos.

119. *Destino del cristianismo.*—El cristianismo ha

nacido para dar alivio al corazón; pero ahora le es necesario desolar el corazón para después aliviarlo. Consiguientemente perecerá.

120. *La prueba del placer.*—La opinión agradable es admitida como verdadera; es ésta la prueba del placer (ó como dice la Iglesia, la prueba de la fuerza), de la cual todas las religiones se muestran tan orgullosas, cuando deberían sonrojarse de ella. Si la fe no hiciera dichosos, no habría fe: ¡cuán poco valor debe, pues, tener!

121. *Juego peligroso.*—El que hoy dentro de sí abre campo al sentimiento religioso, debe también dejarlo allí crecer, no puede proceder de otro modo. Entonces su ser se transforma poco á poco, las partes dependientes, limítrofes del elemento religioso, toman en él la preeminencia, todo el horizonte de su raciocinio y de su sentimiento está cubierto de nubes, de sombras religiosas que pasan. El sentimiento no puede quedar en reposo; pongámonos, pues, en guardia.

122. *Los discípulos ciegos.*—En tanto que un hombre conoce muy bien las fuerzas y las debilidades de su teoría, de su arte, de su religión, su fuerza es aún pequeña. El discípulo y el apóstol que no tiene ojos para ver las debilidades de la teoría, de la religión, etcétera, cegado por la vista de su maestro y su amor hacia él, tiene de ordinario más poder que el mismo maestro. Sin discípulos ciegos, jamás la influencia de un hombre y de su obra se ha hecho grande. Ayudar al triunfo de una idea, no tiene ordinariamente otro sentido que asociarlas tan fraternalmente á la necesidad, que el peso de la segunda significa también la victoria de la primera.

123. *Desmoronamiento de las iglesias.*—No hay

raleza bien dotada; en seguida se pertenece aún más á ella misma.

620. *Sacrificio*.—El gran sacrificio, cuando cabe la elección, preferido á uno pequeño, es porque con el gran sacrificio nos causamos daño, admirándonos á nosotros mismos, lo que no nos es posible en lo pequeño.

621. *El amor como artificio*.—Quien quiere aprender realmente á *conocer* alguna cosa nueva (sea un hombre, un suceso, un libro), hace bien en adoptar esta novedad con todo el amor posible, en separar pronto su vista de lo que en ella encuentra de hostil, de chocante, de falso, y aun olvidarlo, por más que al autor de un libro, por ejemplo, se da la mayor importancia, y que de pronto, como en una carrera, uno desea, con el corazón palpitante, que llegue á la meta. Por este procedimiento, uno penetra, en efecto, la cosa hasta el corazón, hasta su punto conmovedor; esto es lo que se llama á aprender á conocer. Una vez allí, el razonamiento hace de golpe sus restricciones; esta estimación demasiado alta, esta suspensión momentánea del péndulo crítico, no era sino un artificio para coger con lazo el alma de una cosa.

622. *Pensar demasiado bien y mal del mundo*.—Ya se piense demasiado bien ó demasiado mal de las cosas, siempre se tiene en ello la ventaja de experimentar mayor satisfacción, pues con una demasiado buena opinión preconcebida ponemos de ordinario en las mismas cosas (los sucesos) mayor dulzura que contienen en realidad. Una demasiado mala opinión preconcebida causa una decepción agradable: el placer que de suyo existía en las cosas, se acrecienta con el placer de la sorpresa. Un temperamento sombrío hará, por lo demás, en uno y otro caso, la experiencia inversa.

623. *Hombres profundos*.—Aquellos que tienen su fuerza en la profundidad de sus impresiones, y á quienes habitualmente se llama hombres profundos, son en presencia de toda aparición repentina, relativamente calmados y resueltos, puesto que en el primer momento la impresión era aún superficial, *no siendo* profunda sino *después*. Son las cosas y las personas, previstas y esperadas largo tiempo, las que excitan más aquellas naturalezas, haciéndolas casi incapaces de presencia de ánimo cuando llegan por fin.

624. *Relaciones con el yo superior*.—Todo hombre tiene un día feliz en que encuentra su yo superior, y la verdadera humanidad quiere que no se aprecie á nadie sino después de haber llegado á ese día, á ese estado, y no en los días laboriosos de dependencia y de servilismo. Se debe, por ejemplo, juzgar y honrar á un pintor según la visión más alta que haya podido concebir y reproducir. Pero los hombres por sí mismos tienen relaciones muy diversas con ese yo superior, y son á menudo sus propios comediantes en el sentido de que siempre recomienzan á imitar en lo sucesivo lo que son en esos momentos. Muchos viven en el horror y la humildad ante su ideal, y quisieran renegar de él: tienen miedo á su yo superior, porque cuando habla, habla con arrogancia. Goza, además, de la libertad misteriosa de venir y de irse como le place; por esto se le llama un don de los dioses, mientras que en realidad es cualquier cosa menos un don de los dioses (casualidad); pero sí es don del hombre mismo.

625. *Hombres solitarios*.—Muchos hombres están tan acostumbrados á estar solos consigo mismos, que no se comparan absolutamente á los demás, sino que desarrollan el monólogo de su existencia en un estado de espíritu apacible y alegre, en conversaciones y

hasta en risas á solas. Pero si se les lleva á compararse con otro, se inclinan á una sutil depreciación de ellos mismos, hasta el punto de que es necesario forzarlos á volver á tomar de otros una buena y justa idea de sí, y todavía, de esa idea tomada, quieren siempre retirar y corregir algo. Es necesario, pues, conceder á ciertos hombres su soledad, y no lamentarla neciamente.

626. *Sin melodía.*—Hay hombres á los que es de tal manera propio un perpetuo descanso sobre sí mismos y una disposición armónica de todas sus facultades, que toda actividad en vista de un fin, les repugna. Se asemejan á una música que no se compone sino de acordes armónicos largo tiempo sostenidos, sin que en ella se muestre jamás ni siquiera el comienzo de un movimiento melódico encadenado. Todo movimiento comunicado de fuera, no sirve sino para volver á dar al esquiife un nuevo equilibrio sobre el mar de la consonancia armónica. Los hombres modernos sienten generalmente extrema impaciencia cuando se encuentran con semejantes naturalezas que no *producen nada* sin que tampoco pueda decirse de ellas que *son nada*. Pero hay disposiciones particulares, cuya vista propone esta cuestión extraordinaria: ¿De qué sirve en total la melodía? ¿Por qué no nos basta que nuestra vida se refleje apaciblemente en un lago profundo? La Edad Media era más rica que la nuestra en naturalezas semejantes. Es raro encontrar hoy un hombre que pueda vivir así en eterna paz y gozo consigo mismo, aun entre la multitud, diciéndose como Goethe: «Lo mejor que existe es la calma profunda en que yo vivo, y crezco á los ojos del mundo, adquiriendo lo que no sabría proporcionarme ni por el hierro ni por el fuego.

627. *Vida y aventuras.*—Cuando se ve cómo ciertas gentes saben arreglarse con sus aventuras, sus aventuras insignificantes de cada día, de manera que llegan á ser como un terreno que produce frutos tres veces al año; mientras que otros ¡y tantos! son arrasados por los golpes de mar de las vicisitudes más agitadas, por las corrientes más variadas de los tiempos y de los pueblos, y que, sin embargo, permanecen siempre ligeros, siempre en la superficie como el corcho; se encuentra uno tentado de dividir á la humanidad en una minoría insignificante de hombres que saben hacer de poco mucho, y una mayoría inmensa de hombres que saben hacer de mucho poco; ó mejor, uno cae entre las manos de maestros en hechicerías al revés, que en lugar de crear de la nada el mundo, crean del mundo la nada.

628. *Seriedad en el juego.*—En Génova, desde lo alto de una torre oí, en el momento del crepúsculo de la tarde, una larga música de campanillas: no quería concluir y resonaba, como insaciable de sí misma, por encima del murmullo de las calles, en el cielo de la tarde y la brisa marina, tan triste, tan pueril al mismo tiempo, tan melancólica. Entonces pensé en las palabras de Platón y las sentí de golpe en el fondo de mi corazón: «Todo lo que es humano no vale junto lo serio, y por lo tanto.....»

629. *De la convicción y la justicia.*—Lo que el hombre en la pasión dice, promete, resuelve y lo sostiene todavía durante la sangre fría y la calma, es deber nuestro colocarlo en el número de las cosas que más pesan sobre la humanidad. Estar obligado á admitir para siempre las consecuencias de la cólera, de la venganza inflamada, de la abnegación entusiasta, puede despertar contra estos sentimientos una amar-